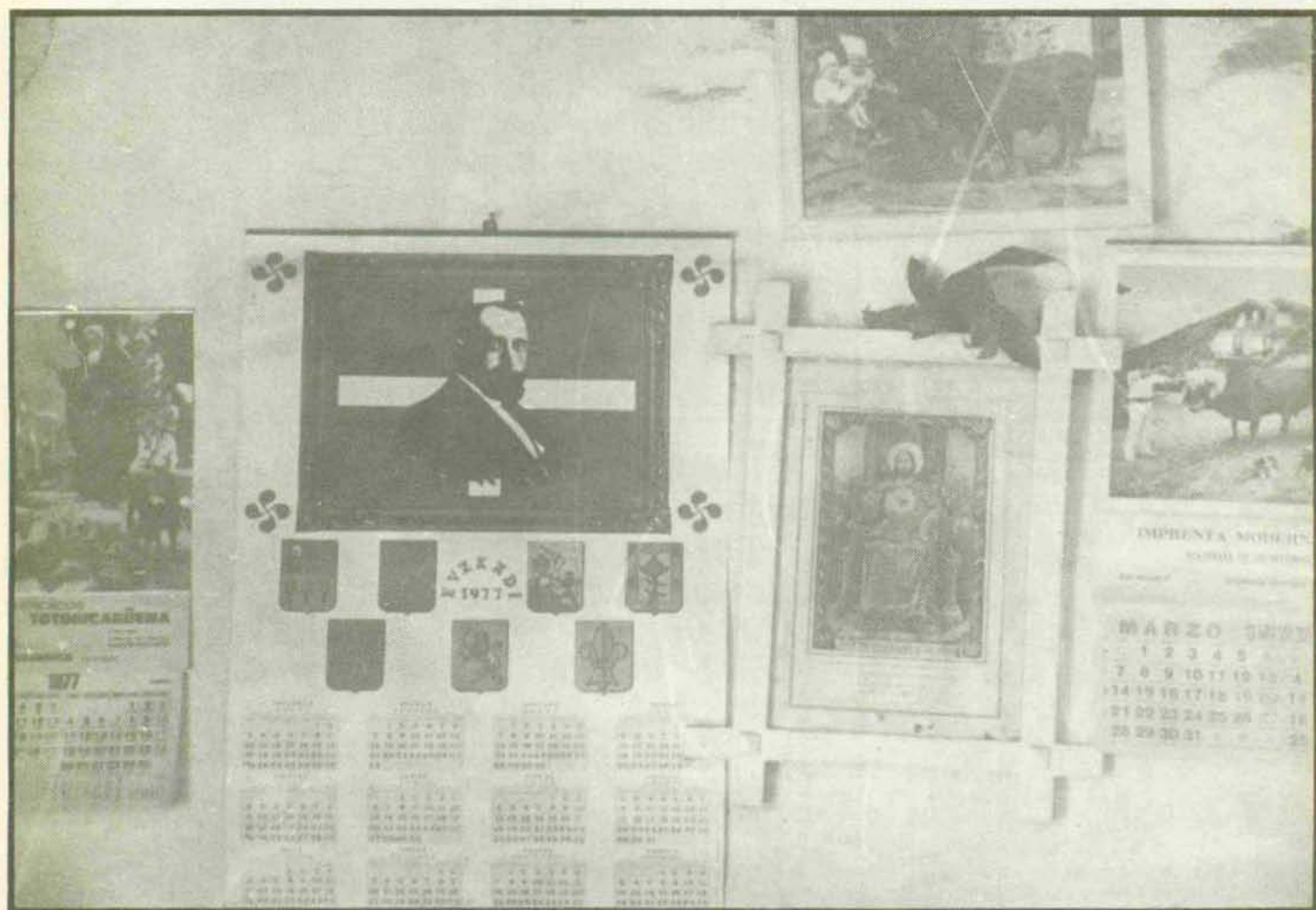


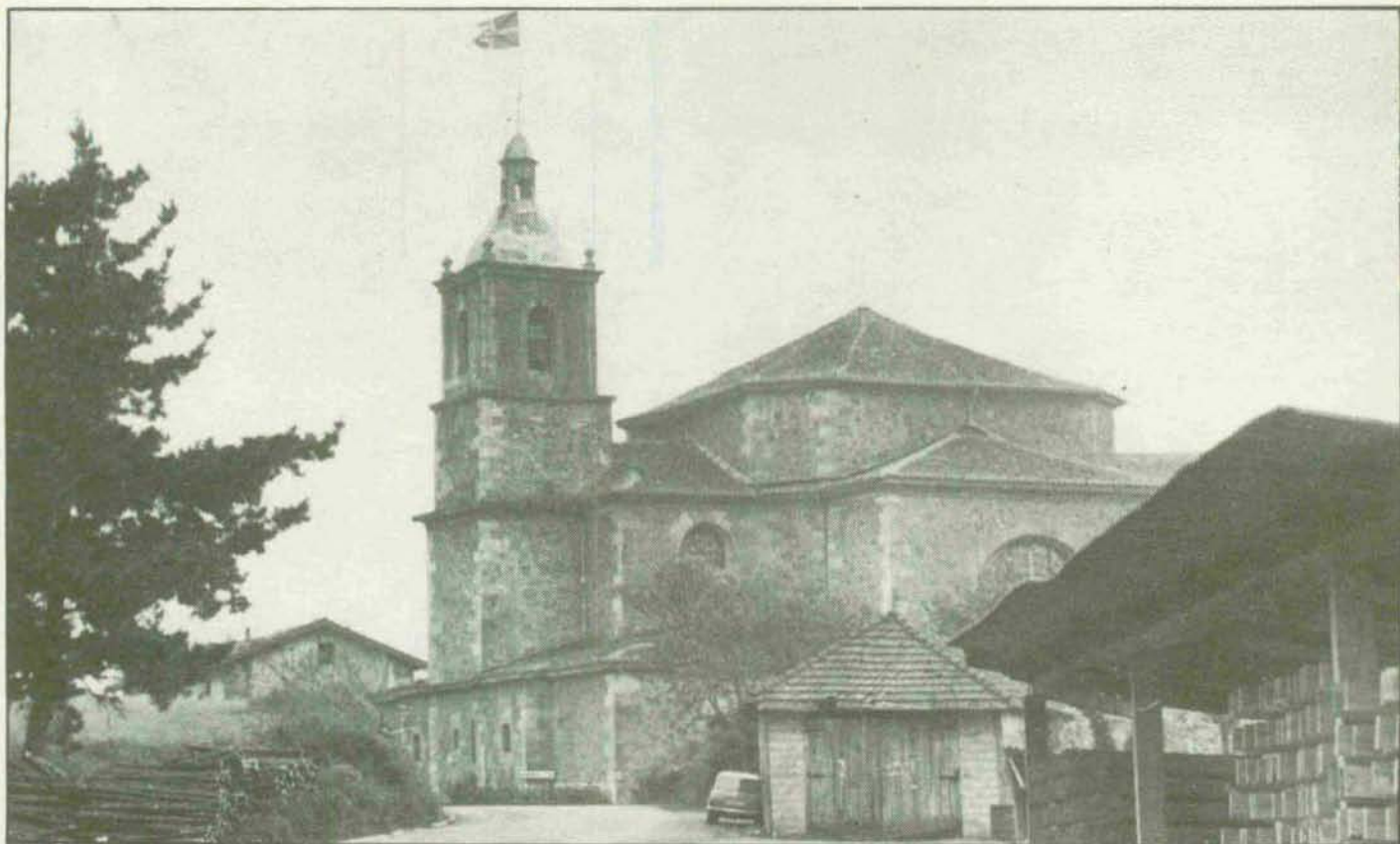
El mito de la Edad de Oro Vasca

Juan Aranzadi



«A los gobernantes de la ciudad les es lícito, ciertamente, engañar con mentiras a los enemigos o ciudadanos en beneficio del Estado... ¿Cómo nos las ingeniaríamos para inventar nobles mentiras y persuadir con ellas a los propios gobernantes y al resto de los ciudadanos?»

(Platón, libro III de «La República»)



Los «herejes de Durango»... negaban la existencia de vida ultraterrena y propugnaban el establecimiento del Paraíso en la Tierra; proyectaron conquistar militarmente la merindad y constituir un estado independiente. (La Iglesia de Ajanguiz, en Vizcaya. Con la ikurriña ondeando en lo alto de su campanario).

LA EDAD DE ORO VASCA

En todos los movimientos nacionalistas de las dos últimas olas de construcciones nacionales (la ola de descolonización afro-asiática de la segunda mitad del siglo XX y el «despertar de las nacionalidades» en Europa Central y Oriental a finales del pasado siglo y comienzos de éste; el caso es distinto para la ola americana de los siglos XVIII y XIX y para la formación de las primeras naciones europeas en el siglo XVI) desempeña un importantísimo papel ideológico la «recuperación del pasado nacional»; en la génesis de este anhelo común influye ciertamente el «recuerdo» mitificado de antiguos reinados, imperios o formas políticas autóctonas, pero el sustrato básico que lo alimenta, sobre el que tal «recuerdo» se superpone —«nacionalizándolo» y politizán-

dolo—, lo constituyen siempre diversos mitos cristianos o paganos que giran en torno a una perdida Edad de Oro y el retorno al Paraíso.

Este estrato socio-psicológico profundo que subyace al nacionalismo propiamente político y al que los antropólogos han denominado «nativismo», tiene una presencia nada desdeñable en el caso vasco. Principalmente, y a partir de la tardía cristianización (siglo X), en la triada Paraíso - Caída - Redención; pero también antes, en los mitos y leyendas «autóctonos» que presentaban, según Barandiarán, un clarísimo origen indoeuropeo. Aún en pleno siglo XX, Julio Caro Baroja nos habla del notable prestigio del pasado en la mentalidad del campesino vasco, manifiesto en la existencia de numerosas leyendas en las que se habla de un «entonces» en que los animales hablaban, los árboles

acercaban su leña a los case-ríos para que sus habitantes se calentaran sin trabajar, las piedras estaban animadas y por el mundo andaban héroes como Roldán y santos como San Martín. Los hombres eran más vigorosos y desde entonces no se registra sino continua decadencia.

Cumplida muestra de esta actitud de espíritu la suministra la difundida leyenda de los «gentillak» (hombres con caracteres extraordinarios y una cultura superior que vivían en épocas pretéritas, indeterminadas, eran magos y estaban dotados de extraordinaria fuerza) surgida, al parecer, de la mitificación de los paganos pre-cristianos, a quienes —según una versión de Ataun— habría expulsado de Kixmi, Jesucristo. Asimismo, la leyenda sobre el robo a los «basajaunes» del trigo y del secreto de cuándo plantarlo, permite suponer la creencia



Existen numerosas leyendas en las que se habla de un «entonces» en que los animales hablaban, los árboles acercaban su leña a los caseríos para que sus habitantes se calentaran sin trabajar, las piedras estaban animadas y por el mundo andaban héroes como Roldán y santos como San Martín. («La Tentación de San Antonio», del Bosco. Detalle del panel central: «La rueda de los ajusticiados». Pintado hacia 1500, actualmente en el Museo Nacional de Arte Antiguo de Lisboa).

en una pasada y bienaventurada edad de los héroes o de los dioses anterior a la de los hombres.

Sobre este caldo de cultivo mítico pagano-cristiano cristalizó durante el siglo XV un movimiento inequívocamente milenarista, el de los «herejes de Durango», dirigido por Fray Alonso Mella. Lo que los historiadores dicen de ellos (se reclutaban entre gente hu-

milde, labradores, artesanos y bastantes mujeres; practicaban la comunidad de bienes y de mujeres y se entregaban al libertinaje místico; negaban la existencia de vida ultraterrena y propugnaban el establecimiento del Paraíso en la Tierra; proyectaron conquistar militarmente la merindad y constituir un estado independiente) permite descubrir su fuente de inspiración: el

adamismo milenarista de los Hermanos de Libre Espiritu, caracterizados por Norman Cohn como «anarquistas místicos», que constituyeron durante el siglo XIV y XV el sector más radical del milenarismo medieval. Los «Espirituales» sintetizaron la apología de la pobreza de los «fratricelli», la teoría apocalíptica de la historia de Joaquín de Fiore (cuya doctrina de las

tres edades de la historia culminando en una bienaventurada Edad del Espíritu inspirará tanto a Lessing como a Fichte, a Hegel como a Marx, a Comte como a los nazis) y su propia mística de la autodeificación, dando origen a un poderoso y perdurable movimiento en el que los «Hermanos» se presentaban como hombres deificados, «más allá del bien y del mal», por encima de toda moral, ley o norma humana, heraldos y adelantados de la nueva Era del Espíritu en la que el Reino de Dios se implantará en la Tierra, imperará el comunismo de bienes y de mujeres, y el trabajo será abolido ante la abundancia de productos suministrados por una Tierra palingenésicamente transformada.

Aun cuando sea aventurado hacer extrapolaciones y obtener conclusiones globalizadas a partir de este solo movimiento, tampoco cabe minimizar su importancia, sobre todo si se tienen en cuenta dos cosas: la más que probable perduración de su influjo di-

recto en el Duranguésado hasta el siglo XIX (en 1877, «Manzanero», profeta de Mallavia que se presentaba a sí mismo como San José, y a su mujer e hijo como la Virgen y Jesucristo, reunió una comunidad y predicó el abandono de los bienes terrestres ante la inminencia del fin del mundo y el juicio final) y la potencialidad milenarista del medio, necesaria para que pueda prender un movimiento tan radical, rico e ideológicamente elaborado como sin duda fue el de los «herejes de Durango».

Este último punto lo corrobora, además, el análisis de la mentalidad campesina vasca, en la cual ha dejado una importante secuela el viejo politeísmo y animismo paganos, configurando el medio rural como un característico **medio carismático** idóneo para la emergencia y eco de **personalidades mesiánicas**. Así lo pone de manifiesto no sólo el frecuente profetismo y misticismo colectivo de finales del siglo XIX y XX (en Vergara, Mendata, Motrico, Urdiain,

etcétera), sino también y sobre todo la gran extensión entre los campesinos de creencias y ritos supersticiosos, del cultivo de la magia y la hechicería (de ahí los **procesos de brujería** del siglo XVI y XVII), del curanderismo, y en general de la fe en la existencia de personas dotadas de especiales poderes naturales y capaces de comunicar con el mundo de los espíritus y con Dios.

Si a todo ello añadimos el marcado y rígido **dualismo** moral y cosmológico propio del campesino vasco, nos encontraremos con que **la mentalidad tradicional vasca reúne todas las condiciones ideológicas precisas para la emergencia de movimientos mesiánico - milenaristas**. Tales potencialidades se actualizaron en el caso de los «herejes de Durango», pero su principal manifestación sólo saldrá tardíamente a la luz, políticamente metamorfoseada como **nacionalismo**. Para entonces los esquemas formales de la mitología vasca tradicional se habrán llenado de nuevo contenido.



Igualitarismo y cristianismo fueron el caldo de cultivo del racismo vasco; difícilmente podrán ser nunca armas en su contra. (Un caserío de las cercanías de Guernica).

TUBAL Y LA NOBLEZA VASCA: GENESIS Y SIGNIFICACION DEL RACISMO

Este nuevo contenido lo elaboran básicamente durante el siglo XVI los teóricos de la **nobleza universal de los vascos**. En gran medida, el primer nacionalismo no hace sino desplegar lo que en estos autores está implícito. Más allá de sus diferencias en torno a la valoración positiva o negativa de los «parientes mayores» (jefes de los bandos y linajes en lucha hasta el siglo XVI), Lope García de Salazar, Zaldivia, Echave, Garibay, etc., coinciden en lo fundamental. Tres tesis que varios de ellos sostienen tendrán larga perduración y jugosas implicaciones: **los vascos descienden de Túbal**, hijo de Jafet y nieto de Noé, **los vascos son todos nobles**, los fueros traducen dicha nobleza universal y

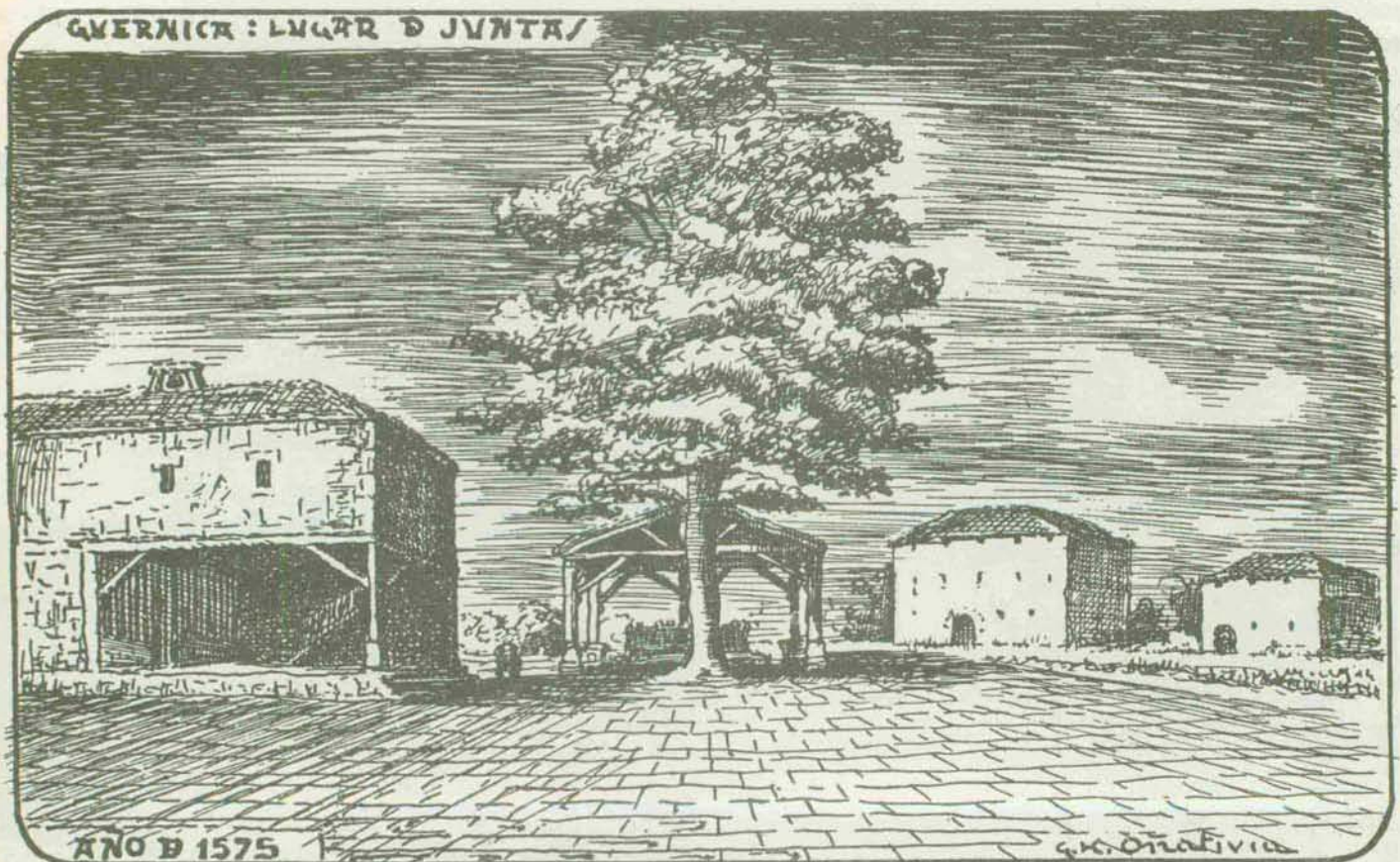
están basados en el **derecho natural** originario previo a la corrupción de los hombres.

El Mito del origen tubaliano de los vascos ofrece especial interés, pues contiene «in nuce» varias tesis que la posteridad no tardará en desarrollar. A través de Túbal, los vascos descienden de Jafet, cuyas relaciones con su hermanos Sem y Cam, y con su común padre, Noé, se nos narra en Génesis 9, 18-28: finalizado el Diluvio y tras abandonar Noé y sus hijos el arca, aquél plantó una viña y, desconocedor de los poderes del vino, se embriagó y desnudó, sorprendiéndole Cam en ese estado; en lugar de tapar a su padre, fue a avisar a sus hermanos, quienes cubrieron pudorosamente a Noé sin siquiera mirarle; al despertar y conocer el comportamiento de sus hijos, maldijo Noé a Canaán —linaje de Cam— con estas palabras: «¡Siervo de siervos sea para sus herma-

nos!... ¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem y sea Canaán esclavo suyo!».

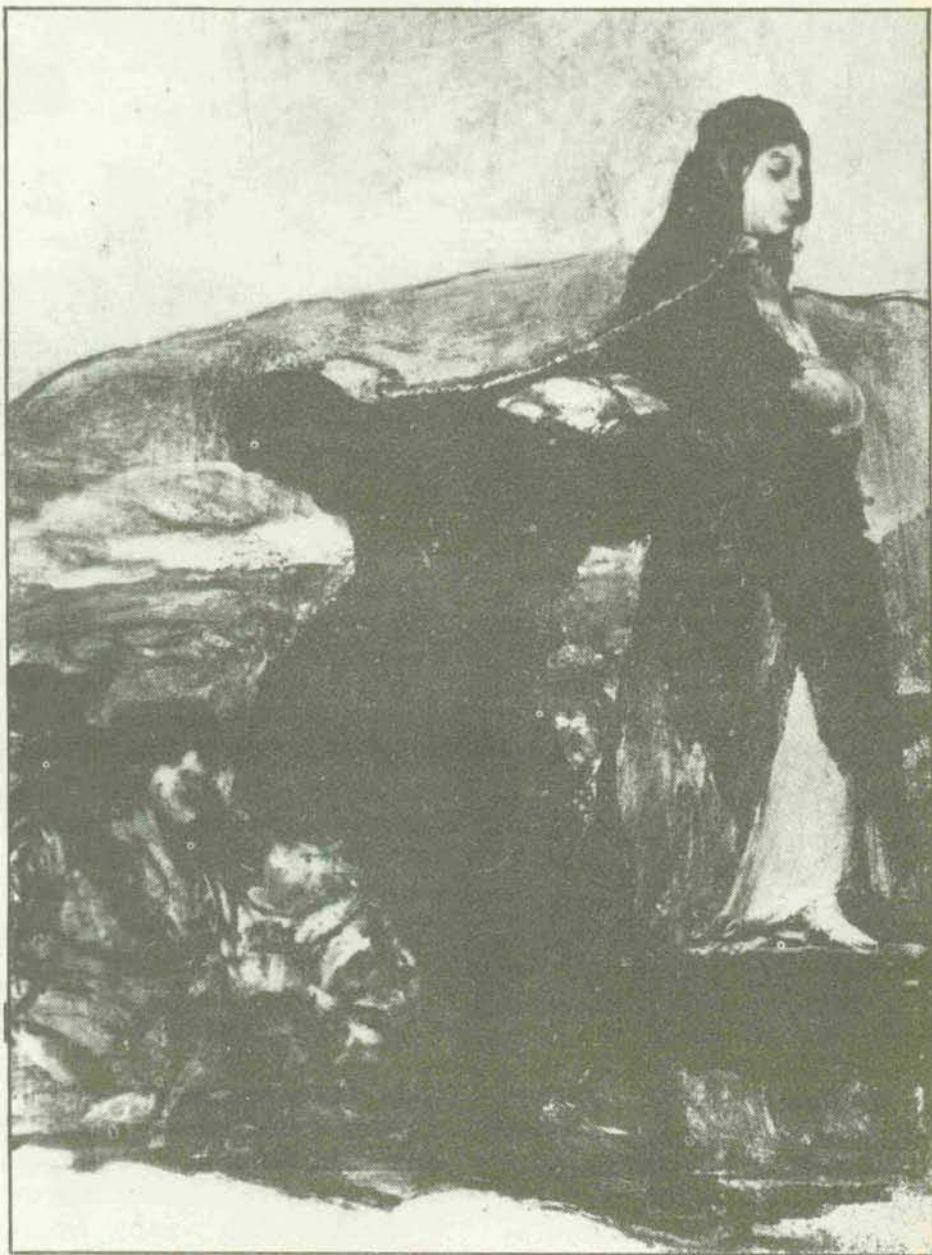
La **significación racista** del relato es clara, pues siendo Sem, Cam y Jafet las cabezas de que descienden los diferentes pueblos de la Tierra, la maldición de Noé supone la sanción bíblica, la justificación religiosa de la desigualdad y el sometimiento de unos pueblos por otros en virtud de su raza. En la Edad Media se consideraba que de Sem provenían los clérigos, de Jafet los señores y de Cam los siervos. Hacer a los vascos descendientes de Jafet a través de Túbal equivale en consecuencia a considerarles racialmente superiores y nobles.

Unidos por su origen y fundamento, **racismo y nobleza** serán en adelante caras de una misma moneda, aunque aquél tarde en encontrar su desver-



La mentalidad tradicional vasca reúne todas las condiciones ideológicas precisas para la emergencia de movimientos mesiánico-milenaristas. (Lugar de Juntas, en Guernica. Grabado del siglo XVI).

gonzado profeta. En la polémica que opuso a juristas vascos y castellanos sobre el concepto de nobleza, los vascos se vieron obligados a conciliar la nobleza jurídica con la servidumbre económica, contraponiendo por ello al concepto habitual de nobleza (posesión de siervos pecheros en sus tierras) una acepción específicamente vasca que la hacía sinónima de «arraigo secular en un solar». Si conjugamos el arraigo como condición de nobleza con la equivalencia vasco = noble y con las dificultades (impedimento en muchos casos) de asentarse en tierra vasca puestas por las Juntas Forales a «quienes no fueren hijosdalgo», lo que obtenemos es la **génesis ideológica del racismo aranista** (superioridad del vasco, rechazo del maketo) incluido su «apellidismo» (es vasco quien tiene un mínimo de apellidos vascos, testimoniando así su arraigo). El pseudo-concepto de raza tendrá la virtud (?) de unificar en una sola oposición y justificar «biológicamente» las diversas diferencias jurídicas y económicas que motivaban y encubrían a la vez el **rechazo vasco de «los otros»**. En esta operación, Sabino Arana tuvo como precursor al jesuita P. Larramendi (1690-1766), primero en reclamar la independencia vasca («¿qué razón hay para que esta nación privilegiada no sea nación aparte, nación por sí, nación entera e independiente de las demás?», se pregunta en «Conferencias curiosas sobre los fueros de Guipúzcoa») y en hablar de la «nobleza de sangre» de los vascos. Merece la pena detenerse en esta cuestión del racismo, aunque muchos piensen que es un asunto superado y carente de toda actualidad. Pues aunque ya nadie se permita en Euskadi hablar de superioridad o inferioridad de unas ra-



Hay una creencia, ampliamente extendida entre los campesinos, en rlos supersticiosos, en el cultivo de la magia y la hechicería (de ahí los procesos de brujería del siglo XVI y XVII), en el curanderismo y, en general, en la fe en la existencia de personas dotadas de especiales poderes naturales y capaces de comunicar con el mundo de los espíritus y con Dios. (Escena de Brujería, por Goya. Museo Bávaro del Estado. Munich).

zas sobre otras, ni conceda significación alguna al factor racial, se sigue hablando tranquilamente de la existencia de razas y uno puede toparse en libros recientes con afirmaciones tan peregrinas como que «es un hecho probado antropológicamente que el pueblo vasco actual sigue conservando los rasgos físicos que le eran característicos» y que esta unidad racial consiste en unos «caracteres visibles que se transmiten por la sangre». Aparte de que los caracteres no se transmiten por

la sangre sino por los genes, hay que decir que **ni hay ni ha habido nunca una raza vasca** por la sencilla razón de que **razas, «lo que es haberlas, no las hay»**. Ni vasca, ni española, ni aria, ni bosquimana. Hay blancos y negros, ciertamente, pero como hay altos y bajos, sin que por ello haya una «raza alta» y una «raza baja». Desde Linneo y su obsesión clasificatoria se ha intentado proceder a una distinción y ordenación de la manifiesta diversidad física de la especie humana, sin que hasta



En la Edad Media se consideraba que de Sem provenían los clérigos, de Jafet los señores y de Cam los siervos. Hacer a los vascos descendientes de Jafet a través de Tubal equivale en consecuencia a considerarlos racialmente superiores y nobles. (Imagen tradicional de la vida rural en el País Vasco).

el momento haya existido acuerdo acerca de los criterios clasificatorios pertinentes; el resultado no podía ser otro que la existencia de tantas clasificaciones raciales como clasificadores, con el agravante, además, de que en casi todas ellas se mezclan los criterios puramente biológicos (la mayoría, rasgos visibles: color de la piel, forma del cabello, forma del cráneo y de la cara; otros con más apariencia científica, como el índice craneano o el grupo sanguíneo) con otros que son propiamente culturales y sociológicos, lo cual incrementa la ambigüedad del concepto y revela su completa arbitrariedad.

Pero lo que ha asestado un golpe definitivo al concepto biológico de raza ha sido la genética moderna. Al poner de manifiesto la existencia de un patrimonio genético común a

toda la humanidad, constituido por decenas de millares de genes, no sólo ha relativizado las diferencias biológicas y anulado toda posible jerarquía de «razas», sino que, además, ha patentizado la ridícula insignificancia que supone la variabilidad del reducidísimo número de genes que intervienen en la determinación de los «caracteres raciales»: es infinitamente mayor la unidad y comunidad entre las «razas» que su diferencia. El concepto de raza llevaba y lleva implícita la presunción de que las «diferencias raciales» manifiestas (las utilizadas para hacer la clasificación discriminatoria) no son sino la punta de un iceberg constituido por otra larga serie de diferencias físicas y biológicas (e incluso psíquicas y sociales). Convertir las «diferencias raciales» en exclusivo sín-

toma de sí mismas, revelando, además, su arbitrariedad e insignificancia biológica (no digamos ya psíquica y social) supone derruir el concepto de raza, al impedir la extrapolación esencializadora y valorativa que lo constituye como tal concepto. Tal es la razón por la que el concepto de raza ha sido abandonado completamente por la moderna etnología, e incluso los estudios de antropología física prefieren hablar de «tipos biológicos». Pero incluso tan prudente, operativo y frío concepto estadístico ha sido sometido a una seria y destructiva crítica. El hecho de que la unidad de base, el grupo humano estudiado, tenga que ser necesariamente definido por criterios etnológicos, sociológicos, lingüísticos o demográficos (difícilmente puede delimitarse un grupo por criterios

biológicos antes de proceder a su estudio biológico), unido a la metodología estadística utilizada (se buscan medias, porcentajes) parece sumir a todo estudio biotipológico en un inevitable **círculo vicioso**: si la división «étnica» es previa y fundante de la clasificación «racial», el estudio estadístico posterior, al difuminar las diferencias biológicas internas a una «etnia» para construir un tipo biológico medio, hace que a cada «etnia» corresponda necesariamente una «raza». De ese modo poco puede extrañar que se encuentre lo que se había previamente supuesto. Difícilmente puede la «raza» servir de fundamento a algún tipo de realidad social («etnia», ración, etc.) cuando ella no tiene otro fundamento que aquello que pretende fundamentar. Por otro lado, consideración platónico-realista del «**tipo biológico**» como **combinación de caracteres** que se manifiestan en el individuo (que será visto entonces como encarnación más o menos perfecta del «tipo», media estadística) se ha alzado un nominalismo que insiste sobre las poblaciones, definidas por parámetros estadísticos y, si es posible, por la frecuencia de ciertos genes. Y es que la noción de «tipo» como «combinación de caracteres» se revela como una falacia a la luz de la genética, pues la segregación de caracteres ha mostrado que una asociación de rasgos considerados como «raciales» no forma un conjunto indisociable, por lo que no hay garantía ninguna de su transmisión combinada. Si a esta ausencia de correlación necesaria entre rasgos «raciales» añadimos la inexistencia de correlación alguna significativa entre «tipos morfológicos» y trazos fisiológicos o bioquímicos (mucho menos psíquicos), llegaremos a la conclusión de que no ya el



No hay que olvidar que el racismo de un Gobineau, anunciador del nazismo, estuvo preludeado y preparado por el etnocentrismo de la Ilustración. (El conde de Gobineau a los veinticinco años, por Bohn).

concepto de raza, sino incluso el de «tipo biológico» hace agua por todos lados. E incluso el citado nominalismo estadístico no consigue escapar a la «petitio principii» encerrada en la delimitación de la población y al reproche de arbitrariedad en la elección de las particularidades genéticas a estudiar. Ello hace que, por ejemplo, la única conclusión que cabe extraer de que entre los vascos (¡previamente definidos por criterios no biológicos!) se dé un mayor porcentaje de RH— que en otros pueblos es... que se da un mayor porcentaje (y las consecuencias médicas que de ahí derivan, como el dudoso privilegio de muchos niños vascos de padecer una ictericia homolítica con mayor probabilidad que los niños de otros pueblos). Si ni hay ni nunca hubo algo a lo que cupiera llamar con sen-

tido raza, **la raza vasca es un invento ideológico**. Lo interesante es justamente la **génesis de ese invento**. Es notorio que para postular su existencia y basar en ella toda su concepción política, Sabino Arana no realizó estudios antropológicos ni esperó a los resultados de los que por entonces realizaban Telesforo Aranzadi, Barandiarán y Eguren; la raza vasca no nació de una investigación científica, sino de un Mito (el de Túbal) y una ideología (la de la nobleza universal vasca) que habían nacido de una motivación política (la necesidad del Rey de atraerse al campesinado en su lucha contra los «parientes mayores»), respondían a una necesidad económica (restricción del crecimiento demográfico) y encubrían un **rechazo de los otros**. El racismo aranista suministraba la justificación idónea de ese rechazo, pero

justamente en la medida en que éste le preexistía cabe preguntarse si no continuará existiendo tras su desaparición: ¿de qué es **síntoma** el racismo?

Detrás de todo racismo, lo único que no hay nunca es una «raza». Lo que hay siempre es una inaceptación, una negación de la diferencia, que conduce a una **afirmación exclusiva de sí** manifiesta históricamente de dos formas en apariencia contradictorias. La más brutal, la única que recibe habitualmente el nombre de racismo, la ejemplificada por los nazis, debuta como combate por la preservación de la «pureza racial» y termina en el holocausto de quien amenaza esa pureza. Quienes justifican el racismo sabiniano como «racismo defensivo» harían bien en meditar en el fácil y rápido paso de la fase defensiva a la fase ofen-



«Cabe recordar que somos los herederos de una religión y una filosofía dualistas: la distinción entre espíritu y materia, entre alma y cuerpo impregna toda nuestra cultura y la mentalidad popular en particular». (Una calle de la Guernica actual).

siva en este racismo de preservación; paso absolutamente necesario a partir de la designación del «otro» como permanente amenaza de la que no cabe finalmente sino deshacerse. La «incorporación del otro a sí» se realiza en este caso como supresión física ofrecida en sacrificio a la pureza racial preservada.

Pero cabe un procedimiento más sutil de negar la diferencia y proceder a la afirmación exclusiva de sí: la asimilación evolucionista, el paternalismo consistente en civilizar o culturizar al «otro», considerando que sólo llegará a ser «él plenamente» cuando se convierta en «otro yo». Tal es el civilizado racismo practicado por el colonialismo «democrático». No hay que olvidar que el racismo de un Gobienu, anunciador del nazismo, estuvo preludiado y preparado por el etnocentrismo de la Ilustración. Uno y otro han culminado en la supresión de la alteridad, bajo la forma de genocidio en un caso, bajo la de etnocidio en el otro. Los judíos ofrecen un curioso ejemplo de evolución desde un asimilacionismo universalista (Israel, luz y salvación de las naciones) hasta un combate de preservación inicialmente defensivo y finalmente ofensivo.

El racismo vasco nace al igual que todo racismo, como «ideología biológica» racionalizadora de un rechazo de la alteridad y una auto-afirmación exclusivista; inicialmente, se expresa como racismo defensivo de preservación, y antes de que tenga ocasión histórica de pasar a la fase ofensiva, desaparece como tal «racismo ideológico». Pero ¿supone su desaparición ideológica la supresión del fenómeno psicosocial que expresaba?, ¿ha desaparecido en el nacionalismo post-aranista la inaceptación



Los «Espirituales» sintetizaron la apología de la pobreza de los «fratricelli», la teoría apocalíptica de la historia de Joaquín de Fiore (cuya doctrina de las tres edades de la Historia, culminando en una bienaventurada edad del Espíritu, inspirará tanto a Lessing como a Fichte, a Hegel como a Marx, a Comte como a los nazis) y su propia mística de la autodeflicación. (En el grabado, Hegel hacia 1800).

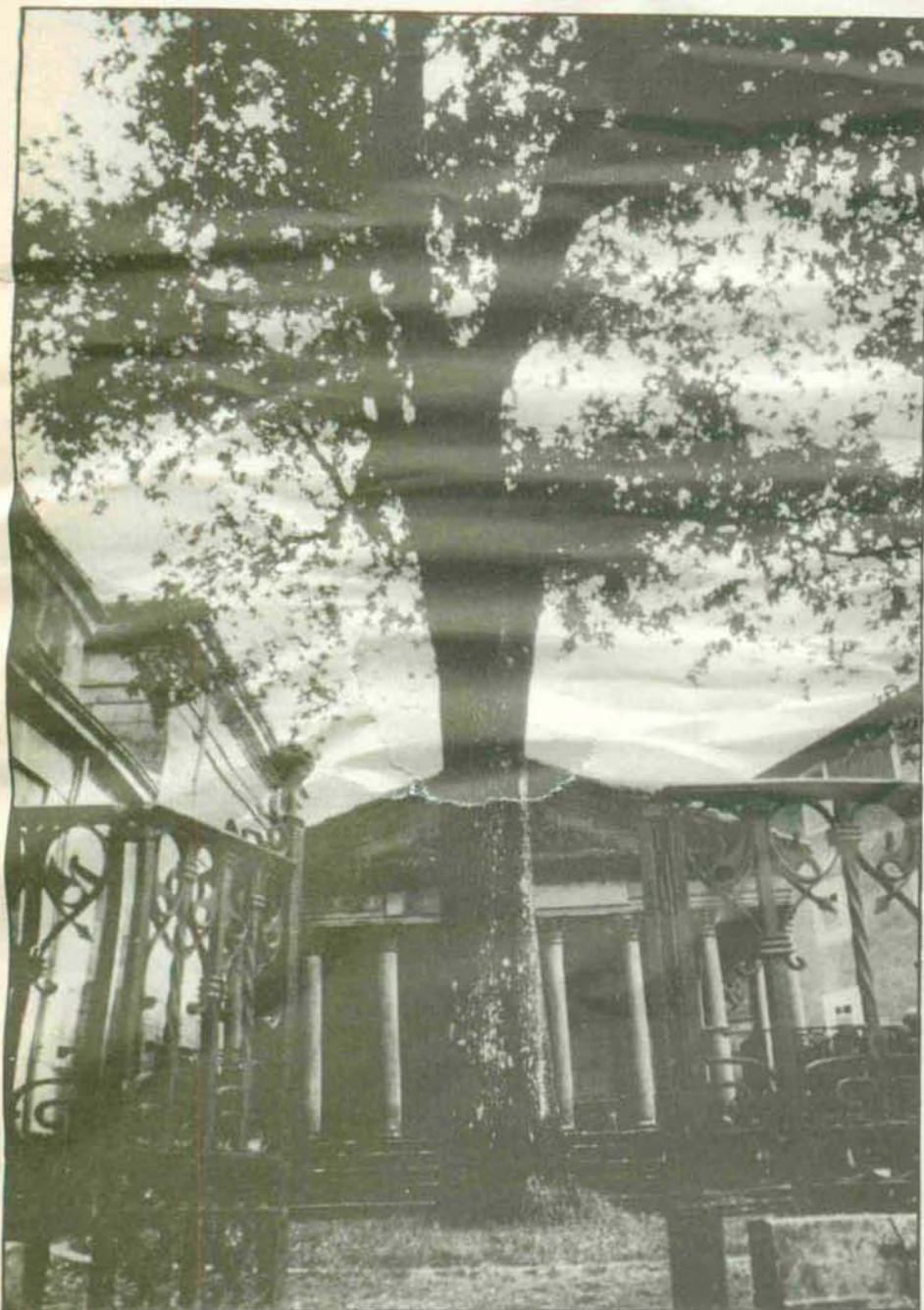
de la diferencia? Es claro por qué camino habría que buscar su supervivencia: por el del **asimilacionismo**; el «maketo» deja de ser rechazado para pasar a ser considerado como un alguien en devenir hacia su progresiva conversión en vasco. Si se niega a la asimilación, reaparece el rechazo. **Rechazo o integración**; no queda lugar para el mutuo respeto y enriquecimiento en la preservación de la diferencia. Modalidades distintas de afirmación exclusiva de sí. Olvido de que, como dijo Levi-Strauss, «la única tara que puede afligir a un grupo humano e impedirle realizar plenamente su naturaleza es estar solo».

No hace falta decir que este «racismo vasco» se ha visto y se ve estimulado, fortalecido, y en gran medida provocado por un «racismo español» igualmente obsesionado por la supresión de toda huella de alteridad. Poco importa saber si fue antes el huevo o la gallina.

RAZISMO Y DEMOCRACIA

La relación entre racismo y tendencia a la uniformización encierra un aspecto aún más interesante si la enfocamos desde el punto de vista de la **complementariedad entre igualitarismo y racismo**. A primera vista resulta paradójico que el racismo vasco vaya acompañado de una apología de la igualdad y la democracia: Garibay insistía en que «la nobleza vasca es igualadora, la no-vasca diferenciadora» y Sabino Arana reprochaba al contacto racial con los «maketos» la pérdida de la primitiva igualdad y democracia vascas. La sorpresa ante este hecho resulta coherente con la general presunción de que un racista no puede ser demócrata, y viceversa; la lucha contra el racismo vasco y sus secuelas se ha realizado preferentemente (cuando no desde un racismo español fascista) en nombre de la democracia y la igualdad.

Pues bien, no es ésa la opinión sostenida por el antropólogo francés Louis Dumont en un interesantísimo apéndice a su «Homo hierarchicus», en el que compara el sistema de castas de la India con la «estratificación social» de las sociedades modernas en general y con la discriminación racial en particular. Dumont contrapone dos tipos de sociedad: por una parte las **sociedades jerárquicas** como la india, «divididas en un gran número de grupos permanentes que están a la vez especializados, jerarquizados y separados los unos en relación a los otros» según un principio de unidad no material, sino conceptual o simbólico (por referencia a los valores) que no coincide con la distribución del poder, económico o político; por otra parte, la **moderna sociedad occidental**, basada en el principio igualitario. Aquellas se



Detrás de todo racismo, lo único que no hay nunca es una «raza». Lo que hay siempre es una inaceptación, una negación de la diferencia, que conduce a una afirmación exclusiva de sí. (En la fotografía, la Casa de Juntas de Guernica y el legendario roble).

creen «naturales» e ignoran el individuo, ésta se considera «racional» y eleva al individuo a la categoría de medida de todas las cosas, situándose bajo el signo de la igualdad e ignorándose en tanto que totalidad jerarquizada. Constata a continuación que **el racismo es un fenómeno moderno** y concluye que «responde bajo una forma nueva a una función antigua. Todo ocurre como si representara, en la sociedad igualitaria, un resurgimiento de lo que en la sociedad jerárquica se expresaba

de modo diferente, más directo y natural. Volved ilegítima la distinción y obtendréis la discriminación, suprimid los modos antiguos de distinción y obtendréis la ideología racista». Su explicación de los vínculos entre igualitarismo y racismo merece ser citada por entero: «En el Occidente moderno, no sólo los ciudadanos son libres e iguales en derecho, sino que la noción de igualdad de principio entre todos los hombres arrastra, al nivel de la mentalidad popular al menos, la de

la identidad profunda de todos los hombres, porque éstos no son tomados como muestras de una cultura, de una sociedad, de un grupo social, sino como **individuos** existentes en sí y para sí. Dicho de otro modo, el reconocimiento de una diferencia cultural no puede ya justificar etnocéntricamente una desigualdad. Se observa que, en ciertas circunstancias que habría que precisar, una diferencia jerárquica continúa planteándose, pero ligándola en este caso a los caracteres somáticos, la fisonomía, el color de la piel, la 'sangre'. Sin duda éstos siempre fueron signos de distinción, pero ahora se han convertido en su esencia. ¿Cómo explicarlo? Cabe recordar que somos los herederos de una religión y una filosofía **dualistas**: la distinción entre espíritu y materia, entre alma y cuerpo impregna toda nuestra cultura y la mentalidad popular en particular. Todo ocurre como si la mentalidad igualitaria-identificadora se situara en el interior de este dualismo, como si al trasladar a las **almas** la igualdad y la identidad, la distinción no pudiera anclarse sino en los **cuerpos**».

La larga cita no tiene desperdicio, y nos permite entender la transformación de la ideología de la nobleza vasca en racismo como consecuencia del paso de la ideología feudal jerárquica a la moderna ideología democrática. La coexistencia de igualitarismo hacia el interior y jerarquización hacia el exterior propia de los teóricos de la nobleza vasca nada tiene de extraño o atípico, pues como señaló Talcott Parsons, la distinción de status arrastra y supone la igualdad en el interior de cada status. La abolición en España de la jerarquización feudal entre señores y siervos transformó lo que hasta entonces había

sido en Euskadi una distinción jurídica en discriminación racial. Paradójicamente, la ideología democrática e igualitaria (tanto en su versión vasca, aplicada a la legendaria situación primitiva de Euskadi, como en su versión liberal, predominante en España) se encuentra en el origen del racismo vasco, y algo que en principio aparece también como fuertemente contrapuesto a éste, el cristianismo, con su apelación a la humana fraternidad y caridad universal, suministra la estructura ideológica que posibilita su emergencia. **Igualitarismo y cristianismo fueron el caldo de cultivo del racismo vasco;** difícilmente podrán ser nunca armas en su contra.

EUSKERA Y FUEROS

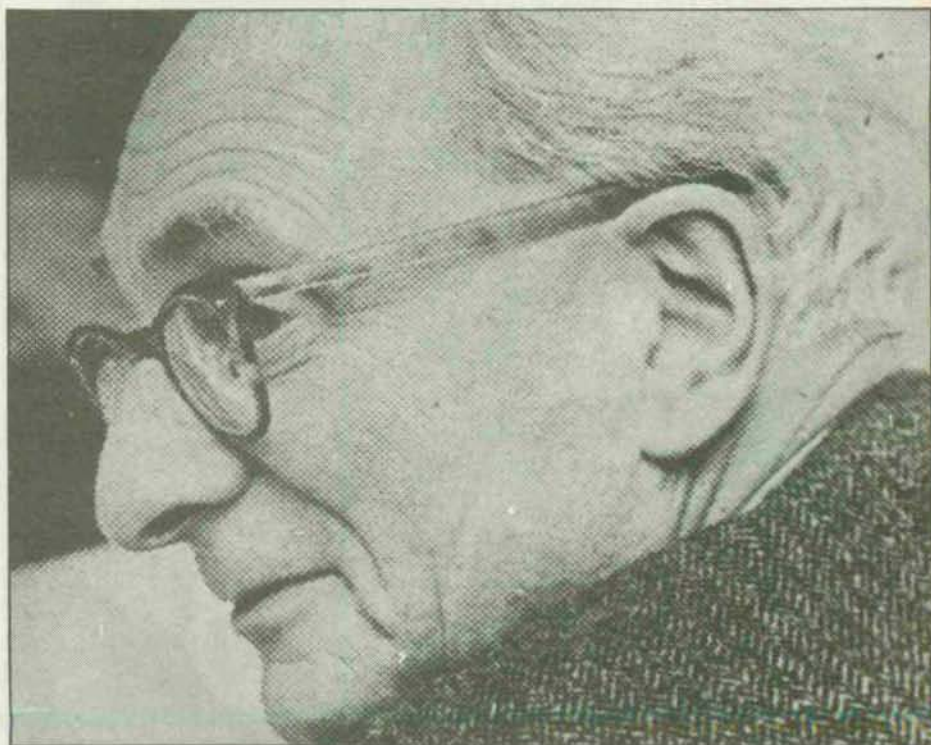
Pero volvamos a Túbal. Fue él, según Zaldivia y tantos otros, quien fundó los fueros «in illo tempore»; por supuesto, no se refiere con ello a los fueros como realidad jurídica, como leyes escritas, cuyo reciente origen histórico no ignora, sino a los fueros como contenido metafísico de tales leyes, como «usos y costumbres inmemoriales» de los cuales el corpus jurídico no es sino reconocimiento y sanción legal tardía.

Tales usos y costumbres, tales fueros, estaban para Zaldivia y autores de su época y posteriores, basados en el **derecho natural** originario, previo a la corrupción de los hombres; es decir, reflejaban la situación existente en la primitiva Edad de Oro anterior a la Caída. Tan extraordinaria perduración del idílico estado primitivo entre los vascos se debía al hecho de no haber sufrido nunca **sujeción política, lo cual constituía** además para Zaldivia el fundamento histórico de la nobleza universal vasca.

Desde entonces hasta hoy el **significado de los fueros para los vascos ha sido predominantemente mítico y simbólico, trascendiendo obviamente su realidad legal y su contenido socio-económico.** La polémica antiforalista iniciada por J. A. Llorente en el siglo XIX por encargo de Godoy, al defender la tesis justamente opuesta (la permanente sujeción de los vascos; los fueros como concesiones del Monarca), contribuyó de rebote a la mitificación de los fueros, convertidos ya para siempre en sinónimos de nobleza universal e independencia secular y en símbolo del pasado vasco idílico y democrático.

Esta **mitología fuerista** (curiosamente compartida por carlistas y liberales, tanto vascos profueristas —como J. A. de Zamacola y Agustín Chao, en quienes algunos ven los primeros profetas de un nacionalismo liberal y progresista de signo muy distinto al clerical y reaccionario de Sabino Arana— como españo-

les y vascos antifueristas, cuya tesis era que la Constitución de 1812 constituía el cuerpo nuevo que adoptaban las viejas esencias forales vascas, ganando en ámbito y universalidad) se fundió además estrechamente en la mentalidad del campesino vasco, y en virtud del fuerte influjo que sobre ella ejerció desde el siglo XVII el bajo clero católico, con la **mitología cristiana:** los fueros se consideraron como emanación directa de Dios y como guardadores de la gracia divina. Su pérdida era equiparable al pecado y abría las puertas a la desaparición de la religión y la corrupción de las costumbres. La idealización del campesino vasco, euskaldún, tradicionalista, católico y fuerista, contrapuesto al librepensador anti-vasquista en «Peru Abarka» de J. A. Moguel, se presenta como la encarnación de una esencia vasca eterna construida en base a la superposición del mito cristiano del Paraíso-Caída-Redención y el mito de la Edad de Oro vasca.



Si se niega a la asimilación, reaparece el rechazo. Rechazo o Integración; no queda lugar para el mutuo respeto y enriquecimiento en la preservación de la diferencia... Olvidándose de que, como dijo Levi-Strauss, «la única tara que puede afligir a un grupo humano e impedirle realizar plenamente su naturaleza es estar solo». (En la foto, Claude Levi-Strauss).

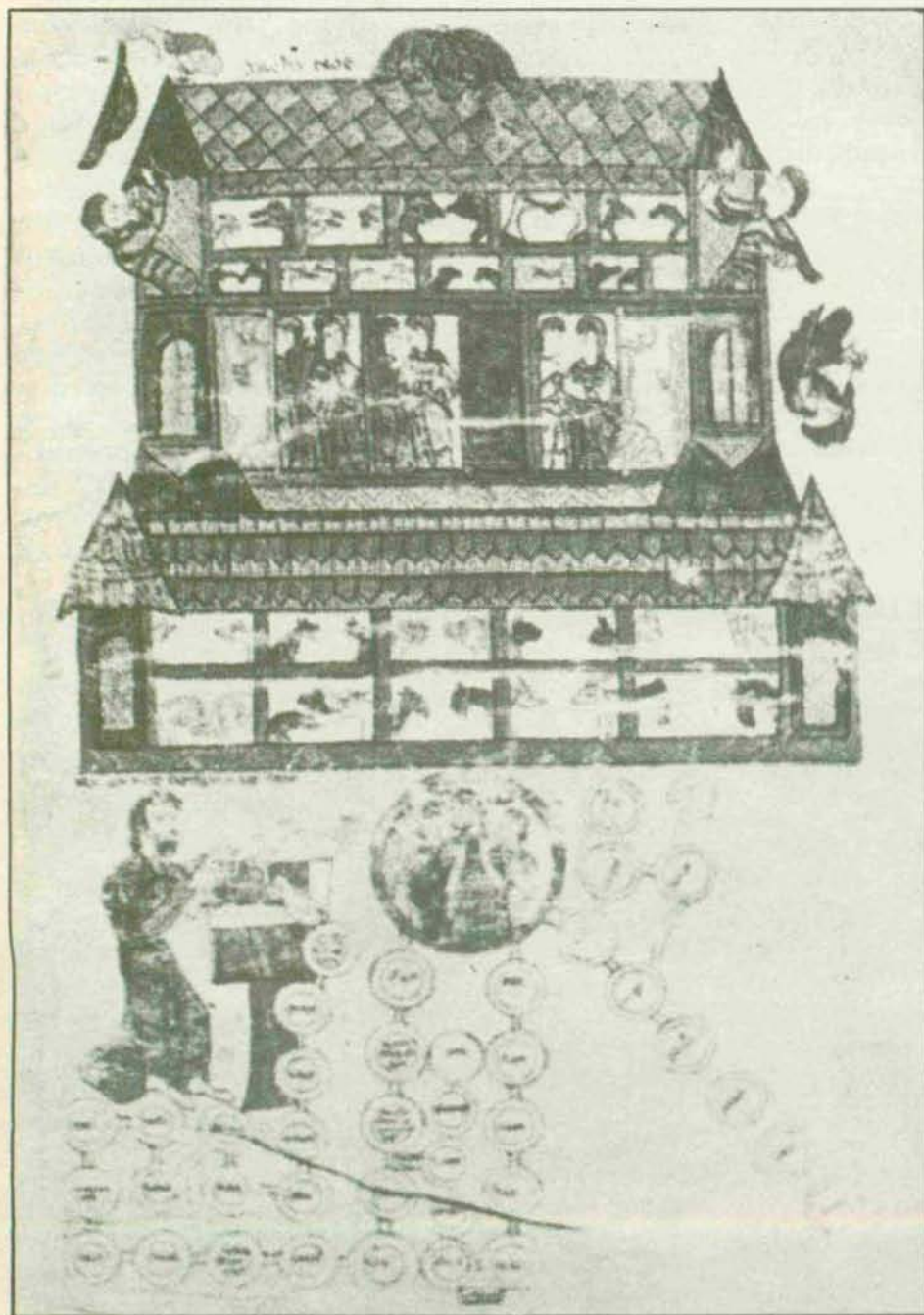
Los Fueros aparecen como la materialización de la Sagrada Alianza entre Dios y el pueblo vasco escogido. **Dios y Fueros** (y sólo en un plano inferior, estratégico e instrumental, Rey) son las consignas movilizadoras del pueblo vasco durante las guerras carlistas; sin su mítica resonancia, sabiamente instrumentalizada por la oligarquía vasca y la facción dinástica carlista, resulta inexplicable la tenaz y perseverante lucha del campesi-

nado y bajo clero, pues el aumento de los impuestos, la evitación del servicio militar obligatorio y la defensa del sistema foral de gobierno y administración no parecen muy sólidos estimulantes «intereses objetivos» si se tiene en cuenta que tal sistema discriminaba y marginaba al pueblo llano y servía claramente a los intereses de la oligarquía, y que resulta ciertamente paradójico y chocante hacer una guerra para no ir al

servicio militar. Por otro lado, siempre resulta atrevido, problemático y sospechosamente «ad hoc» privilegiar unos presuntos «intereses objetivos» (construidos a posteriori para satisfacer las necesidades de la teoría profesada por el investigador) por encima de las explícitas motivaciones y concretos deseos manifestados por los protagonistas; y éstos eran claramente la Religión y los Fueros entendidos como encarnación metafísica de la Tradición vasca secular y la Alianza con Dios (aún hoy, no es infrecuente encontrar defensores de los fueros que jamás los han leído, y desconocen todo dato concreto sobre ellos, pero se adhieren fanáticamente a su leyenda).

Para obtener una representación completa del Mito de la Edad de Oro vasca que los autores del siglo XVI legarán al primer nacionalismo a través del fuerismo carlista nos falta un elemento esencial: la **divinización del euskera**.

Quizá no sea casual que en el mismo capítulo del Génesis que narra la historia de Noé y sus hijos, de la que deriva y obtiene su significación el mito de Túbal y los vascos, y a continuación de dicha historia, figura la de Babel y la confusión de lenguas. La expulsión del Paraíso, el Diluvio y la confusión de lenguas que impide la construcción de la torre hasta el cielo, son los tres castigos sucesivos con que Dios sanciona al hombre, pecador incorregible y reincidente. Noé es el único justo a quien Dios considera digno de ser salvado; este título de gloria pasa a los vascos a partir de la bendición de Jafet y su linaje por Noé. ¿Resulta aventurado concluir que este bienaventurado linaje hablaba ya el euskera antes de Babel y que la lengua vasca es el único residuo y testimonio de aquel estado anterior a la confusión



Según García de Salazar, Zaldívar, Echave, Garibay, etc., los vascos descienden de Tubal, hijo de Jafet y nieto de Noé; los vascos son todos nobles, los fueros traducen dicha nobleza universal y están basados en el derecho natural originario previo a la corrupción de los hombres. (El Arca de Noé, representada en la Biblia de Abila. Biblioteca Nacional de Madrid).

de lenguas, siendo las distintas variedades del «erdera» resultado del pecado humano y el castigo divino? Si esto es así, y dada la analogía entre el relato de Babel y el de la primera caída, ¿por qué no pensar que el euskera era también la lengua que se hablaba en el Paraíso? Cuando en el siglo XIX, Joaquín Traggia ataca el euskera, considerándolo como un amasijo incoherente producto de la descomposición de otras lenguas, Astarloa saldrá en su aguerrida defensa sin retroceder ante la consideración extrema de que la lengua vasca fue la primera lengua existente, siendo tal su perfección que ha debido necesariamente serle revelada al hombre por Dios. Por consiguiente, su pérdida, como la abolición de los Fueros, es directamente equiparada a una ofensa a Dios, a una ruptura de la Alianza.

El Mito está ya completo: la Edad de Oro vasca, identificada al Paraíso anterior a la caída, tiene su lengua (el euskera), su plasmación institucional (los Fueros) y viene definida por tres rasgos fundamentales: la independencia política, la democrática igualdad en la común nobleza, y el aislamiento y rechazo de los pueblos limítrofes.

Cuando a finales del siglo XIX, la situación real llegue al punto de máximo alejamiento de tan mítica representación, las condiciones estarán maduras para la emergencia de un Mesías Restaurador.

Dice Caro Baroja que «existe una idea, popularizada entre los caseros, de que el fin del mundo sobrevendrá cuando haya una cantidad enorme de encrucijadas y carreteras, y una taberna en cada casa». Para los «jauntxos» venidos a menos de finales del siglo pasado, la situación debía ofrecer claros ribetes apocalípti-



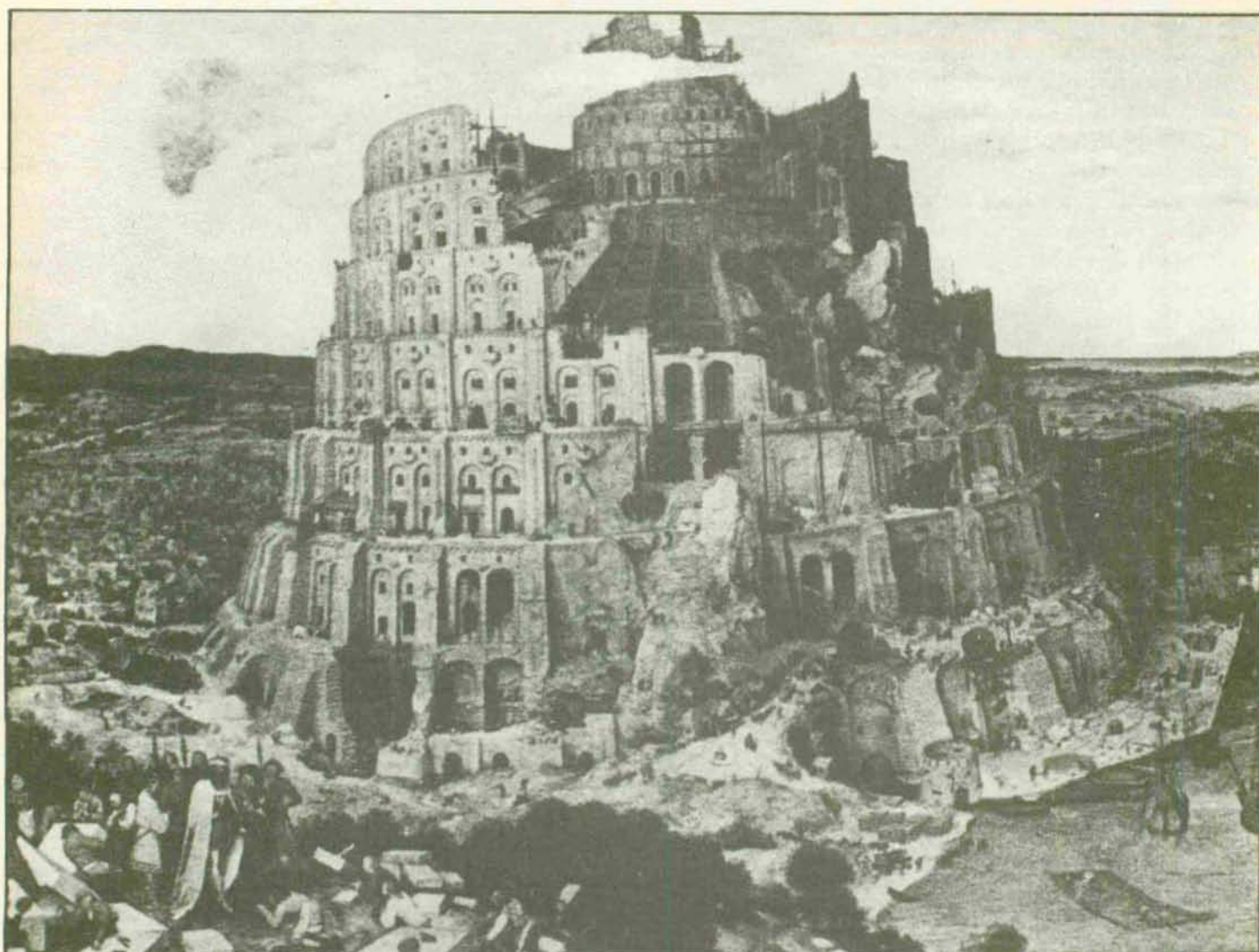
Si ni hay ni hubo nunca algo a lo que cupiera llamar con sentido raza, la raza vasca es un invento ideológico. Lo interesante es justamente la génesis de ese invento. Es notorio que para postular su existencia y basar en ella toda su concepción política, Sabino Arana —en la ilustración— no realizó estudios antropológicos ni esperó a los resultados de los que por entonces realizaban Telesforo Aranzadi, Barandiarán y Eguren; la raza vasca no nació de una investigación científica, sino de un mito (el de Tubal) y una ideología (la de la nobleza universal vasca) que habían nacido de una motivación política, respondían a una sociedad económica y encubrían un «rechazo de los otros». El racismo aranista suministraba la justificación idónea de ese rechazo.

cos como resultado del acelerado «progreso» que registraba Euskadi. En tan providencial momento aconteció la profética Revelación de Sabino Arana.

RETORNO A LA PUREZA: EL «NATIVISMO» SABINIANO

«Disipáronse en mi inteligencia todas las sombras con que la oscurecía el desconocimiento de mi Patria, y levantando el corazón hacia Dios, de Bizkaya eterno Señor, ofrecí cuanto soy y tengo en apoyo de la restauración patria... disponiéndome en caso necesario al sacrificio de la misma vida». En tan grandilocuentes, religiosos y mesiánicos términos describe Sa-

bino Arana la prosaica inferencia de su hermano Luis que le llevó del fuerismo al nacionalismo: «si los vascos son españoles, no tienen derecho a privilegios forales; tienen tal derecho, luego no son españoles». Al parecer, tan sencilla ley del cálculo proposicional, bautizada por los escolásticos como «modus tollens», le fue revelada por Dios a Sabino un domingo de Resurrección, lo cual (además de dejar como secuela la celebración del Aberri Eguna en tal fecha) constituye un hecho extraordinariamente «ben trovato», pues la idea central del nacionalismo sabiniano, como consiguiente mesianismo que es, no es otra que la de Resurrección, Retorno a la perdida vida, Recuperación de la originaria pureza.



En la génesis de todo movimiento nacionalista influye ciertamente el «recuerdo» mitificado de antiguos reinos, imperios o formas políticas autóctonas, pero el sustrato básico que lo alimenta, lo constituyen siempre diversos mitos cristianos o paganos que giran en torno a una pérdida Edad de Oro y el retorno al Paraíso. («La Torre de Babel», cuadro de Brueghel el Viejo, en la Pinacoteca Antigua de Viena).

Físicamente enfermizo y con frecuentes vuelos místicos, criado en una familia moralmente rigorista y fanáticamente católica, firmemente convencido de haber sido escogido para una tarea redentora, Sabino poseía la típica **personalidad mesiánica**. En sus escritos abundan los pasajes que revelan la característica tendencia al sacrificio, la autoinmolación y la megalomanía, de todos los profetas y mesías. El mejor ejemplo de su autoconciencia mesiánica lo constituye su actitud durante el oscuro «giro españolista» que imprimió a su política al final de su vida. Desde la cárcel, escribe a su hermano Luis: «Empieza mi Pasión...

Toda la gloria pasada se oscu-

rece, mi corona se ha marchitado. ¡Bien se puede sufrir todo esto por la misma Patria! Como quiera no explico mi pensamiento a nadie, sino que a todos pido un **voto de confianza absoluto**, hay resistencia en muchos... ¡Qué hermoso es sufrir por la Patria!... Mi consejo es hacerse españolistas... La Patria nos lo exige. Parece un contrasentido, pero **si en mí se confía, debe creerse**. Indudablemente, Sabino se consideraba místicamente inspirado, en misteriosa comunicación con la voz de la Patria, con derecho a exigir de sus fieles incluso el «credo quia absurdum», y destinado a protagonizar un «sacrificio reparador».

Como Mesías de la Patria se

presentó y como tal fue reconocido por sus seguidores, siendo objeto en vida y sobre todo después de su muerte de una auténtica santificación y culto que ha dificultado grandemente al nacionalismo posterior el liberarse de los aspectos más comprometedores y desagradables de su ideología; en muchos hogares nacionalistas, Sabino será significativamente adorado como el «hermano de Jesucristo», siendo de este modo situado lo más próximo posible del Mesías por excelencia.

Este proceso de **divinización del héroe** ha podido verse facilitado en Euskadi por el arraigo del culto a los santos, de muchos de los cuales se cuentan leyendas que permi-

ten atribuir su origen a antiguos cultos paganos a los héroes. Quizá este factor, junto a la existencia ya aludida de un claro medio carismático, permita explicar no sólo la emergencia y arraigo del mesianismo sabiniano, sino también su original perduración en el nacionalismo posterior. En primer lugar y principalmente, se ha operado una colectivización de la instancia mesiánica en beneficio de ETA, que al igual que Sabino, solicita y obtiene un «voto de confianza absoluto», hasta el punto de conseguir una aceptación incondicional de acciones que en sí mismas son condenadas (no es infrecuente escuchar: «me parece una barbaridad y un error, pero si lo ha hecho ETA sus razones tendrá y bien hecho está»). Pero además el mesianismo sobrevive en ETA como **culto al héroe**: en muchos de sus primeros escritos hay una cu-

riosa y sintomática asimilación del etarra al cruzado medieval y ha sido norma habitual en los conflictos políticos e ideológicos habidos en su seno la atribución automática de la razón al héroe-guerrillero que más expone y más sufre por la causa. La sobrevaloración activista, la megalomanía irresponsable y el espejismo guerrilleresco que siempre han existido en ETA no carecen de resonancias mágicas. Por otra parte, la autoconsideración por encima de toda moral, hasta el punto de atribuirse el derecho a decidir sobre la vida y la muerte ajenas, es característica común a todos los anomismos mesiánicos.

Baste como muestra lo que se dice en «Vasconia» de F. Krutwig (1962): «el guerrillero será un **cruzado** de su causa..., la guerra revolucionaria es en cierto modo una **guerra religiosa** y, como en és-

ta, el revolucionario tiene que prometer la **revancha del humillado**»; o en «La Insurrección en Euskadi» (1964): «para nosotros, al igual que para el **cruzado del siglo X** la suya, **nuestra verdad es la verdad absoluta...**, somos **intransigentes** en nuestra idea, en nuestra verdad, en nuestra meta esencial». Esta asimilación del etarra al cruzado (es sabido que las Cruzadas constituyen el crisol del milenarismo medieval, la reanimación del dormido mesianismo cristiano primitivo: los cruzados partían para implantar la «Jerusalén celestial» profetizada en el Apocalipsis) resulta teológicamente coherente con la mesiánica tarea atribuida al revolucionario: la «revancha del humillado», la Redención del caído, la Compensación del oprimido; y en este Sacrificio Reparador, la totalidad del pueblo vasco participa, en virtud de la Co-



Las variables, diferentes y sucesivas adherencias ideológicas del Mito de la Edad de Oro vasca (fuerismo, clericalismo, etc.) alteran parte de su contenido concreto, pero respetando su esencia. (Día del «Aberrri Eguna» de 1979, en San Sebastián).

muni6n de los Santos, de los m6ritos y virtudes del Mesias: por colgar una ikurriña, aprender euskera o ir a una manifestaci6n se adquieren indulgencias, acciones del capital de sacrificio y heroismo acumulado por ETA.

Pero volvamos a Sabino. Nacido en una familia carlista, y carlista 6l mismo hasta la «revelaci6n» de 1882, su nacionalismo no se diferencia ideol6gicamente del fuerismo m6tico precedente m6s que en la supresi6n del tercer pie al tr6pode carlista —Dios, Patria y Rey—, operaci6n en la que ya le haba precedido Campi6n y que dejaba reducido a su pureza m6xima el esqueleto mitol6gico vasco: «Jaun-Goikua eta Lagi-zarra» (Dios y las Leyes viejas). Es muy cierto el exacerbado y fan6tico catolicismo sabiniano que llega hasta el punto de propugnar

un **ideal pol6tico teocr6tico** («Euskadi ser6 cat6lico, apost6lico y romano...», se establecer6 una completa e incondicional subordinaci6n de lo pol6tico a lo religioso»), pero el **pilar de su ideolog6a y del nacionalismo posterior** lo constituye el segundo t6rmino del binomio: «**Lagi-zarra**». En 6l se simboliza la principal herencia m6tica del fuerismo: la **Edad de Oro vasca**. En contra de lo que pudiera parecer, y como la posteridad ha venido a demostrar, Dios y el catolicismo no constituyen el Mito primordial y fundante de la «religiosidad vasca»; cumplen una funci6n esencialmente instrumental, al transferir al Mito de la Edad de Oro la energ6a religiosa que canalizan, funci6n que en el futuro podr6 ser desempeñada por otros mitos (como el de la Revoluci6n) o resultar innecesaria

ante el crecimiento de la potencia aut6noma de aqu6l. Lo que Sabino añaade al fuerismo y configura su ideolog6a como un t6pico milenarismo es la **idea de Retorno**. Son muchos los pueblos que poseen el «recuerdo» del Para6so perdido, pero no hacen de su recuperaci6n un objetivo; esta constituci6n del pasado en proyecto de futuro, que convierte el tiempo en circular y c6clico, es el sello espec6fico del milenarismo y la principal aportaci6n sabiniana. El art6culo 3.º del programa del Bizkai-Buru-Batzar, primer programa nacionalista, insiste machaconamente sobre esta idea: «Bizkaya se **reconstituir6** libremente. **Restablecer6** en toda su integridad lo esencial de sus Leyes Tradicionales, llamadas Fueros. **Restaurar6** los buenos usos y las buenas costumbres de nuestros mayores».

Adem6s de ello, Sabino sistematiza y unifica toda la mitolog6a anterior, organiz6ndola en el marco del tradicional dualismo vasco, elevado ya a un **maniqueismo obsesionado por las nociones de diferenciaci6n y pureza**. La identificaci6n de la primitiva Edad de Oro con un estado de **Pureza vasca original** permite una enorme simplificaci6n, de eficaz efecto propagand6stico, que encontrar6 en la noci6n de «**raza**» la muletilla ideal para establecer una frontera tajante entre los vascos y «los otros». Por m6s que insistentemente fundamente la naci6n en la raza, el «racismo ideol6gico» no es fundamental al nacionalismo sabiniano: lo importante es (adem6s del fen6meno psicosocial subyacente que ya vimos) la idenfiable y ambigua noci6n de pureza original que recubre. Que tal idea directriz tenga una plasmaci6n racial, 6tnica, hist6rica o social, resulta accesorio mientras permanezca el



Don Julio Caro Baroja —en la fotograf6a— nos habla del notable prestigio del pasado en la mentalidad del campesino vasco.



Bajo la corteza racional (etnismo, democratismo, anti-colonialismo, socialismo patriota, etc.) del nacionalismo vasco se descubre en seguida la semilla mística. (Manifestación nacionalista en Gulpúzcoa).

esqueleto aranista básico. En este sentido, Sabino Arana sigue proyectando su sombra sobre el nacionalismo vasco actual, incluso sobre su versión marxista.

Si el Paraíso es identificado a la Pureza, el pecado lo será a la mezcla con «los otros»: fue el «contacto maketo» lo que provocó la Caída, será su supresión (de la cual la independencia política no es sino un aspecto) lo que provocará la Redención. **El nacionalismo político no es desde el comienzo sino uno de los ingredientes del nativismo ideológico;** esta obsesión de pureza y separación no deja de constituir un ingrediente instintivo del rechazo abertzale a la más mínima colaboración con partidos «españolistas» e incluso del éxito como consigna de la palabra «independencia», por encima de «autodeterminación» o «autonomía» (éxito carente de toda motivación política o socioeconómica, por carencia de todo análisis de las diferencias concretas entre una u otra en cuanto a sus reales efectos).

Este purismo es en Sabino

Arana múltiple: racial (proscripción del matrimonio con maketos; apellidismo), lingüístico (artificial expurgación del euskera de cuanto se le antojaba influjo ajeno), religioso, socioeconómico (la igualdad y justicia vascas originales fueron alteradas por la invasión maketa) y político (la abolición foral supone la pérdida de la secular democracia e independencia vascas). A su servicio elaboró una amplia y perdurable **simbología diferenciadora** (bandera, escudo, lema, himno, incluso el propio nombre de Euskadi) que ha venido funcionando desde entonces como instrumento de adquisición de identidad diferencial, de **una identidad y una diferencia que no tienen otro contenido que los propios símbolos distintivos que suplen su ausencia y expresan su deseo.**

En resumen: sobre la base nutricia de un suelo mitológico-legendario favorable a la emergencia de movimientos mesiánico-milenaristas y con el precedente histórico de uno de ellos («los herejes de Durango»), se configura a partir

del siglo XVI el elaborado Mito de una Edad de Oro vasca primigenia, mito que va evolucionando desde los teóricos de la nobleza universal hasta Sabino Arana a través del fuerismo apologético. Sabino transforma el nativismo preexistente en nacionalismo político, centrado en la idea de Retorno de esa perdida Edad y fundamentado en un pseudo-concepto biológico (la «raza») que expresa de modo idóneo la obsesión de pureza y voluntad de diferenciación que desde sus orígenes son constitutivas de dicho Mito, presentándose además como el Mesías destinado a implantar tan añorado y anhelado Reino. Las variables, diferentes y sucesivas adherencias ideológicas de tal Mito (fuerismo, clericalismo, etc.) alteran parte de su contenido concreto, pero respetando su esencia.

Eso mismo ocurrirá con el nacionalismo posterior, bajo cuya **corteza racional** (etnismo, democratismo, anti-colonialismo, socialismo patriota, etc.) se descubre en seguida la **semilla mística.** ■
J. A.